

## La lectura espiritual

*Arzobispo Pablo Yazígy*

«Este libro no es para información.» Con esta frase, Andrés Scrima inicia su introducción a la edición árabe de *la Escala hacia Dios*. Quizá pretendió indicar el profundo sentido de la lectura espiritual. Lo primero que debemos aclarar es el sentido de la misma «vida espiritual».

Ésta no es, desde luego, la vida romántica que se encarga de los asuntos y textos humanitarios... En pocas palabras, es la vida del «Espíritu» en nosotros, conforme a las palabras de san Pablo: «No vivo yo, sino que es Cristo (en Espíritu) quien vive en mí.»<sup>1</sup> La meta de la vida cristiana según san Serafín de Sarov es «que obtengamos el Espíritu Santo.» Por ello, la vida espiritual es encendida en los hombres a través de varios medios, dentro de ellos está el trabajo diario, pues los oficios, los trabajos y las labores no fueron puestos como motivos para olvidar a Dios; más bien, cuando en el principio Dios dijo a Adán en el paraíso: «con el sudor de tu rostro comerás tu pan»<sup>2</sup> (puesto que había olvidado el divino mandamiento), se lo dijo para que el

sudor y la fatiga lo induzcan al recuerdo de Dios. Nuestros trabajos y oficios han de ser incluidos en el marco de los ejercicios espirituales.

Sin lugar a duda, la oración es el contacto inmediato que abre nuestro corazón a las gracias del Espíritu Santo. La oración, como la define san Juan Clímaco, es la «convivencia con Dios» y la «unión con su Excelsitud». Entonces, la oración y la vida laboral son «espacios» de encuentro con la divina Gracia; sin embargo, aquí nos ocuparemos de contemplar otro espacio.

La lectura espiritual es un marco importantísimo que siempre es arrinconado por las circunstancias de la vida, además de la negligencia de los fieles y, quizá, la revoltura de los libros útiles con otro tanto de lecturas que causan fatiga y, no pocas veces, tropiezo.

Evagrio aconseja a los monjes y a los cristianos: «No dejes que el sol te vea, sin que la Biblia esté en tus manos.»<sup>3</sup> Hay varios cánones eclesiásticos que exigen a los sacerdotes estimular a los fieles a la lectura espiritual y a una lectura frecuente de las Santas Escrituras.

San Juan Crisóstomo considera que la lectura bíblica es muy necesaria para los monjes, y no de menos importancia para los que vivimos en el mundo, ya que «nosotros necesitamos la lectura más que aquéllos, porque las permanentes heridas, debido a los afanes, implican un uso más frecuente de los medicamentos».<sup>4</sup> Orígenes también cree que

la lectura no es una actividad adicional, sino uno de los principales cimientos de la vida espiritual. Es el camino en que andamos hacia la vida espiritual y crecemos en ella. La lectura bíblica y la de los libros espirituales componen parte de nuestra formación espiritual.<sup>5</sup>

Esta lectura nos une a la Tradición y hace posible que observemos nuestra vida por el *prisma* de la vida de los santos. La lectura es el entorno en el que nos instruimos en la Tradición de nuestros Padres y no en los ambientes seculares que no dejan espacio para Dios o para la vida espiritual.

No es extraño ver, por ejemplo, que san Gregorio Palamás (siglo XIV) piense exactamente con el mismo espíritu de san Juan Crisóstomo (siglo IV); y no es correcto que nosotros, hoy en el siglo XXI, pensemos distinto a la misma mentalidad de ellos y de los santos Apóstoles en los temas sustanciales de la vida. La ética cristiana surge del mismo Espíritu y de la misma Tradición, aunque se adapta a las circunstancias porque, a fin de cuentas, ella consiste en prácticas y no en categorías, y ha de acomodarse conforme a la realidad presente para manifestarse como cristiana ética espiritual.

«Fe con conocimiento» es la verdadera fórmula. La fe cristiana no es una rendición ciega: más bien, es una fe que dialoga con la razón humana y le contesta sus dudas sobre las verdades porque, a fin de cuentas, es la Verdad. Sin embargo, aunque la fe conversa con la razón, va más allá de ella sin

ignorarla, más bien, la lleva consigo. En la adolescencia y durante los años universitarios, llegan a la mente de los jóvenes varias preguntas acerca de la existencia de Dios, la Creación, la Trinidad, la Iglesia...; y quizás algunos de ellos piensan que estas dudas son síntomas de incredulidad o cierto ateísmo. Al contrario: estas preguntas son necesarias y son indicio, no de ausencia de la fe, sino de existencia. Son preguntas reales. Es la etapa en la cual el hombre busca trasladarse de la fe instintiva o heredada sin interrogaciones, a la fe con conocimiento, segura y firme, que la convicción personal escoge para comprometerse en ella y predicarla. Es durante estos años en la vida del hombre cuando la fe puede volverse, en vez de meros hábitos, motivo de predicación; y el corazón ya medita en las palabras de la Biblia: «Gratis lo recibisteis, dadlo gratis»<sup>6</sup>. Y todo joven repite la frase de Felipe a Natanael: «Ven y verás..., hemos encontrado al Mesías de quien oímos hablar a Moisés, los profetas y el Nuevo Testamento.»<sup>7</sup> Es entonces cuando la fe (con conocimiento) es expresada con el verbo *encontrar* en lugar de *escuchar*. Este conocimiento de la profundidad, realidad y dimensiones de nuestra fe no es inalcanzable sin la lectura: lectura sabia y selectiva.

Si la importancia de la lectura espiritual es tan grande, surge la necesaria pregunta: ¿Cómo hemos de leer los libros espirituales?

Hay dos formas de lectura. La primera es la informativa y «religiosa», como cuando leemos los estudios científicos, geográficos, demográficos... acerca de cualquier tema concerniente a la fe o a la Santa Biblia, escritos que pueden ser redactados o leídos aun por los mismos ateos. Este tipo de lectura nos debe guiar a la lectura espiritual y ayudar en ella. En esta categoría se encuentran los libros sobre la historia de la Iglesia, sobre el derecho canónico eclesiástico y la interpretación de las Santas Escrituras, entre otros.

La segunda forma de la lectura es la espiritual, la que nos traslada a la oración. Según san Isaac el Sirio, hay tres niveles de la lectura de la Biblia y de los libros espirituales:

a) *Lectura superficial*: en la que nos informamos de lo dicho y de lo acontecido en las Santas Escrituras o en los demás libros. Nos enteramos de los sucesos por primera vez. Conforme a esta perspectiva, una lectura es suficiente y no hay necesidad para una segunda. De esta manera, puedo decir, por ejemplo, que yo sé la parábola *del fariseo y el publicano* y la historia del *buen samaritano*, y sé los mandamientos «desde edad temprana», como dijo el joven rico a Cristo<sup>8</sup>. También de esta manera enseñamos a los niños a memorizar los acontecimientos evangélicos, esto es, guardarlos en la memoria y familiarizarse con ellos.

- b) *Lectura racional*: en la cual indagamos en los libros, no para buscar el acontecimiento, sino lo que éste quiere indicar. La palabra *fariseo*, por ejemplo, tiene en sí muchos sentidos necesarios para entender lo sucedido e interpretarlo. Aquí, la mente participa en el análisis de los textos, para comprenderlos y descubrir sus profundos significados. Este nivel se requiere de estudio y de mucha lectura.
- c) *Lectura espiritual*: verdadera y perfecta. Es cuando leemos entre las líneas, las palabras y las páginas lo que nos concierne a nosotros; y los libros se vuelven mensaje dirigido a nosotros; se transforman de textos en propias inquietudes, de páginas en diálogos. Dice san Juan Crisóstomo que si una persona que conoce ligeramente un idioma extranjero recibe una carta escrita en éste, trata de descifrarla, y luego podría describirla hasta cierto modo. Pero el que conoce bien y comprende este idioma, lee en la carta sus perfectos y ricos sentidos. Algo más: cuando el hombre espiritual lee la carta, *se comunica* con el remitente, y la lectura se vuelve diálogo y oración.

Por ello, no debemos restringir la lectura espiritual a los límites de la razón o de la superficialidad. La lectura de la Biblia, por ejemplo, no es para enterarse de lo que tiene, sino que es una convivencia con Jesús. No es un libro que leemos nosotros, sino en el cual habla Él. Así que cuando nos sentamos con devoción y leemos las Santas

Escrituras, en ellas Jesús nos habla a nosotros, y este diálogo forma el sentido verdadero sin el cual estaríamos leyendo letras y líneas despojadas de su significado real: el encuentro con el Señor. Cuando leemos, nos introducimos en los acontecimientos de la Biblia y los vivimos; si no, estaríamos leyéndola como una novela histórica, lo que podría ser todo menos una lectura espiritual.

El ayuno, la oración y la lectura espiritual son ejercicios espirituales perfeccionados entre sí, en los que el hombre hace preguntas y Dios contesta; el hombre busca y Dios descubre. En este entorno, la lectura se vuelve descubrimiento del amor y providencia divinos.

Por ende, la posición verdadera y más sana de la lectura es la que provoca la «convivencia», es decir, la oración. La lectura bíblica es una forma de orar, en la que prestamos oído a Jesús. Las Santas Escrituras son páginas en las cuales nos encontramos con Jesús, y a partir de ellas, Él nos envía. Los mártires son los que más comprendieron la santa Biblia, no los científicos ni los exégetas.

La divina Palabra en los libros espirituales no forma «meras palabras»; más bien, de éstas se debe llegar al mensaje, «la Palabra». La lectura no mueve en nosotros la razón sino el corazón; no cambia la información actualizándola y enriqueciéndola, sino que cambia la misma vida. Por eso, no explicamos la Palabra nosotros (sin querer despreciar lo importante que son las interpretaciones bíblicas):

la Palabra nos guía. Nosotros leemos, comprendemos (prestamos oído) y escuchamos (obedecemos) la Palabra que surge de los vocablos y letras de los libros divinos.

Por ello, la lectura espiritual no es efectuada por mera intención personal e individual, sino que por medio del Espíritu Santo, Quien ilumina nuestro espíritu. En la Divina Liturgia, el sacerdote lee una oración antes de la lectura evangélica: «Oh Soberano que amas a la humanidad: haz brillar en nuestros corazones la luz pura de tu conocimiento, y abre los ojos de nuestro entendimiento a la comprensión de tus predicaciones evangélicas [...] a fin de que vayamos en busca de un modo de vida espiritual, pensando y obrando cuanto es de tu agrado.»<sup>9</sup> También los devocionarios traen esta oración para decirla antes de la lectura bíblica y de los libros espirituales en general. Pedimos que Dios «haga brillar en nosotros la luz de su conocimiento», para que leamos y comprendamos, vivamos y obremos «cuanto es de su agrado». San Efrén el Sirio nos aconseja orar antes de la lectura bíblica para que Dios nos revele su voluntad por medio de ella.

Conforme a todo lo que se ha dicho, la lectura espiritual no es mera información, sino alimento que nos nutre con «el pan esencial» y con la necesaria porción de la divina Gracia, porque «no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios».<sup>10</sup> La santa Biblia es, entonces, *banquete* y no conjunto de historietas.

Los encuentros acontecidos durante la lectura espiritual con Dios, con los Santos y con uno mismo son brisas de Gracia y de vida, son nutrimento espiritual.

La Divina Liturgia es dividida en dos partes. La primera concierne a la Palabra, y la segunda a la Ofrenda. En la primera parte comulgamos la Gracia por medio de la Palabra, y en la segunda comulgamos la Gracia por medio de los preciosos Cuerpo y Sangre del Señor.<sup>11</sup> También Orígenes habla, no de la lectura de la Biblia, sino de la comunión con las Santas Escrituras<sup>12</sup>. Cuando Dios habló a los profetas, les entregó su palabra como un rollo para que lo comiesen<sup>13</sup>. Entonces nosotros «fraccionamos el pan» y también «fraccionamos la palabra»<sup>14</sup>; por eso la oración antes de la lectura es de suma importancia, es decir, pedir por la presencia del Espíritu Santo que «abre los ojos de nuestro entendimiento», porque leemos estas palabras como semillas de vida.

Las interpretaciones no son suficientes para una lectura verdadera de la palabra espiritual de la Biblia o de los demás libros espirituales. Lo acontecido con los dos discípulos que iban a Emaús es muy significativo: en la madrugada del día de la Resurrección iban de camino a aquel pueblo; las mujeres les habían enterado de que Jesús resucitó. Jesús se presentó y caminó con ellos y «les explicó los libros», esto es, todo lo que los Profetas han dicho de Él. Pero sus ojos «estaban retenidos para que no le reconocieran», y no entendieron hasta

que Él «les abrió los ojos».<sup>15</sup> Entonces, no es posible que comprendamos la Biblia sin que Dios abra nuestro entendimiento.

La lectura espiritual es una labor que pretende ponernos en estado de oración, por lo que los santos Padres la denominan como «casi oración». No es fácil que el hombre salga de inmediato del ruido de su vida cotidiana para comparecer en la divina Presencia que ha olvidado o ha dejado de lado durante todo el día. Por eso, la lectura espiritual nos traslada de este siglo al Reino, del ruido a la oración: es la mejor escala sobre la que ascendemos por la oración para presentarnos ante Dios.

¡Y posteriormente a la oración! Salimos de nuevo a nuestro convulsivo mundo y, ¡cuán rápido somos cautivados por él, y entregamos la divina compañía al olvido! Aquí la lectura es una necesidad que lleva la gracia de la oración y la extiende a lo largo del día y del tiempo.

La lectura alcanza su objetivo cuando se vuelve meditación, es decir, cuando la mente es colmada de las palabras espirituales que la acompañan durante los momentos de la labor y del trabajo. Y ante cada circunstancia, las mismas palabras retornan a extraer del corazón un clamor de oración que lo sostiene para tomar una decisión conforme a la divina Voluntad y no al engaño mundano. «Recordé tus mandamientos y no tropecé», dice David en los Salmos. La lectura,

entonces, es tanto introducción a la oración como extensión de ella.

La lectura fertiliza el corazón del hombre y lo hace consciente de los sentidos de la vida y la oración, que *atrapa* las semillas de la Gracia sin perderlas. Este fecundo interior encuentra en las palabras de la oración muchos ricos sentidos, y fácilmente recoge de ellas contrición y devoción. Lo contrario a la pobre mente: las palabras espirituales pasan por ella pero jamás encuentran morada, porque le son extrañas. Entonces la lectura otorga al hombre la «sensibilidad espiritual» y hace transparente y entusiasta su alma hacia la divina Presencia, cuidando no herirla; y en caso de cualquier descuido humano ante la Gracia, la sensibilidad espiritual induce al hombre en una profunda oración de arrepentimiento.

Esta «casi oración» permite a los principiantes vivir el Reino y su paz durante más tiempo del día, ya que ellos aún no dominan el arte de la oración constante. Por lo tanto, la lectura es considerada como el instrumento principal para vivir la paz interior, que es la paz de Dios y no la del mundo: «Mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo.»<sup>16</sup> Esta paz es el fruto del apego del hombre a la Gracia, y de comparecer y vivir en la divina Presencia.

Y por último, pero no menos importante: la lectura espiritual nos forma según la imagen de su escritor, y nos *tiñe* en su tinta: el que lee la vida de los

santos se colorea con su matiz. Por lo que, entre las primicias de la lectura espiritual está la sabiduría, además de la oración y la paz. Unos exégetas alemanes visitaron el monte Athos; allá se encontraron con un monje viejo cuyas circunstancias y edad no le permitieron estudiar idiomas ni filosofías; estaba sentado en la entrada de su celda leyendo la *Escala* de san Juan Clímaco, por lo que los exégetas quedaron asombrados, porque el libro es profundo y difícil. Entonces le preguntaron: «¿Acaso entiendes este libro?», pero su respuesta les asombró aún más: «Si quieren, llévense el libro, y yo les escribiré uno igual.» El monje había leído por muchos años y la experiencia espiritual que está en los libros se le había transmitido, y ya era parte de su bagaje. Una abundante lectura es necesaria para los que están en la etapa inicial más que para los adelantados. Mientras el hombre progresa en la vida espiritual, prevalecerá cada vez más la oración sobre la lectura. El «peregrino ruso»<sup>17</sup> pasó toda su vida con un solo libro, la *Filocalia*<sup>18</sup>, pero todo su tiempo era una oración constante.

Las diversas lecturas, que no son espirituales, nos enteran de muchas cosas; libros, novelas y tomos que son como ventanas por medio de las cuales el hombre se asoma a todo lo nuevo y visita mundos distintos del suyo. Pero la lectura espiritual es otra cosa: es ventana, no hacia el exterior, sino hacia el interior; o más bien, no ventana, sino espejo. Leyendo la *Escala*, nos observamos a nosotros mismos. Los discípulos preguntaban sobre el Reino

de Dios que las Santas Escrituras habían de indicárselo; pero Jesús respondió claramente: «El Reino de Dios está en ustedes.»<sup>19</sup>

Cuando la lectura es medio de información, no hay necesidad de repetirla: leemos el libro una vez y lo dejamos a un lado. Pero cuando la lectura espiritual es oración, alimento, paz, descubrimiento del Reino y asimilación de la sabiduría espiritual, entonces el libro ya «no es para información», más bien, es un misterio de vida que comulgamos: nos amarga las entrañas, pero será dulce en la boca<sup>20</sup>. Cuanto más lo tomemos, más necesitaremos alimentarnos de él, una y otra vez.

«Este libro no es para información»: es libro de vida que consumimos como alimento y leemos cual oración.

---

<sup>1</sup> Gal 2: 20

<sup>2</sup> Gn 3: 19

<sup>3</sup> PG 40: 1283

<sup>4</sup> San Juan Crisóstomo, *Sobre el Evangelio según San Mateo* 2: 5

<sup>5</sup> Nilos el Sinaíta, PG 79:213

<sup>6</sup> Mt 10: 8

<sup>7</sup> Paráfrasis; véase Jn 1: 45

<sup>8</sup> Lc 18: 21

<sup>9</sup> Oración anterior a la lectura evangélica, *Divina Liturgia de San Juan Crisóstomo*

<sup>10</sup> Mt 4: 4

<sup>11</sup> Clemente de Alejandría, *la Alfombra* 1: 1

<sup>12</sup> PG 13: 130

<sup>13</sup> Ez 3: 1, Ap 10: 8-11

<sup>14</sup> Orígenes, PG 13: 1714; Crisóstomo, *Sobre el Génesis* 6:2; Gregorio el Teólogo, *Homilía* 45: 16; Ireneo, *Interpretación de Eclesiástico* 3:13

<sup>15</sup> Lc 24: 13-35

<sup>16</sup> Jn 14: 27

<sup>17</sup> Libro de la literatura ortodoxa rusa que habla de la experiencia de un peregrino religioso con la oración de Jesús: «¡Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador!». (N.T.)

<sup>18</sup> *Filocalia* es un libro que recopila fragmentos de los santos Padres de la Iglesia sobre la oración. San Nicodemo de Athos fue el primero en hacer este intento y llamó a su obra *Filocalia* (φιλοκαλία), vocablo griego que significa “el amor a la belleza”. (N.T.)

<sup>19</sup> Lc 17: 21

<sup>20</sup> Ap 10: 9